

022. Juventud: luces y sombras

Al dirigir hoy nuestra mirada a la juventud, a nuestros queridos muchachos y muchachas, recuerdo lo que en una reunión de jóvenes nos decía un Obispo muy ejemplar y gran pastor de la diócesis:

- *Lo que más me preocupa de los jóvenes es que los veo sin ideal.*

Se le notaba en el rostro la amargura al hacer tal afirmación. Cuando lo decía tan serio y con tanta convicción, alguna razón debería tener...

Pero, junto a sus palabras, he leído después otras, dichas por otro Obispo y Cardenal, teólogo famoso, que afirmaba todo lo contrario:

- *Aceptar de antemano que la sociedad de mañana esté descristianizada, aceptarlo en el momento en que vemos entre los jóvenes un cierto descubrimiento de lo absoluto, es algo a lo que no tenemos derecho (Danielou)*

Como podemos ver, dos opiniones sobre nuestra juventud totalmente divergentes, y de dos personas autorizadas. ¿Quién tiene razón, el pesimista o el optimista? ¿El que dice que no hay nada o poco que hacer, o el que dice que tengamos confianza en los jóvenes?

Para los papás, para los educadores, para los sacerdotes, para todos los encargados de la formación de la Juventud, tiene mucha importancia el colocarse a un lado u otro de esta opinión, porque será la norma de su actuación.

El pesimista dirá:

- *¡No hay nada que hacer!*

Y si no hay nada que hacer, se cruzará los brazos en una inactividad muy perjudicial para los jóvenes.

El optimista dirá:

- *¡Todo es magnífico!*

Y a éste, su optimismo exagerado le impedirá poner remedios a males evidentes.

En realidad, ambas partes tienen razón, aunque miran a la juventud desde diferente ángulo de vista. Una parte mira los defectos muy notables de que adolecen los jóvenes. La otra, viendo estos mismos defectos, se fija en el rayo de luz que emerge de las sombras. Nosotros, ahora, nos agarramos a este rayo de luz para decirle a aquel Obispo pesimista:

- *No estamos del todo conformes con su opinión. Y si tiene razón en parte, nos gusta más vivir de esperanza, y no de un fatal derrotismo. La oscuridad no vence a la luz traída por Cristo, y aceptada por los jóvenes de manera especial, como lo confesaba el apóstol Juan: Os escribo a vosotros, jóvenes, porque sois fuertes, la palabra de Dios mora en vosotros, y habéis vencido al Maligno.*

Esa idea de que la juventud vive sin ideal nos viene del ver las diversiones a que se entrega, la rebeldía antisocial de que hacen gala, el consumo tan generalizado de la droga, el desbordarse del sexo, y el abandonar la práctica de la religión.

Todo esto es muy cierto. Y el origen está en que buscan la felicidad por camino equivocado. Les viene como anillo al dedo la observación del San Agustín, cuando nos habla de su afán juvenil al perseguir la felicidad allí donde no se encuentra:

- *Corría muy bien detrás de ella, pero fuera de camino.*

Y entonces, claro está, nunca la alcanzaba.

Un conferenciante nos explicó esto con los conocidos versos de un poeta, y que dicen así:

Nube tenue y ligera
que los sentidos engaña,
y tras de cada montaña
parece que nos espera.
En impetuosa carrera
el hombre a cogerla va.
Llega..., se fue, síguela,
piensa asirla a cada instante:
la nube siempre adelante,
pero siempre más allá (*José Selgas*)

Esto es, podríamos decir, lo que padece nuestra juventud. Sufre de espejismo. Busca la felicidad donde no está la felicidad. Pero, al venirles la desilusión, saben reaccionar.

Si tiene su parte de verdad eso de que los jóvenes tienen unos ojos que brillan, pero no ven, es también muy cierto que ellos adivinan muchas cosas que los mayores no alcanzan a percibir. El joven intuye, y entonces se lanza apasionadamente a lo que para él es una meta plenamente alcanzable. Le ha exigido riesgo, pero se ha hecho con la suya.

¿Y si fracasa? No es de extrañar. Quiso ver demasiado, y se equivocó.

Pero los fracasos le dan experiencia para la vida. Por eso, nosotros nos esforzamos en entender a la juventud. Esas locuras actuales puede que mañana se conviertan en prudencia muy sensata. Y esos éxitos de que se glorían, les habrán hecho ser cada vez más arriesgados para gran bien suyo y de la sociedad.

Son muchos los jóvenes que se están dando cuenta de la impropia conducta de tantos compañeros y compañeras. Descubren que sólo Dios, Jesucristo, la Iglesia, el Mundo Nuevo, son dignos de que se les entregue la vida. Y de ahí que se reúnen en grupos de oración, que estudian la Biblia, que se dan al apostolado juvenil, que estudian con pasión, que sueñan en un porvenir mejor...

Estos jóvenes sanos y con ilusión, buscadores de valores eternos, son los que nos infunden la esperanza. Sobre la sombras, brillan rayos de luz muy refulgentes...